

gloria de Dios, y el firmamento anuncia la obra de sus manos (1). De todos los puntos del universo, de los cálices de todas las flores, de todos los seres animados é inanimados, se eleva un concierto armonioso de gratitud y de alabanza. Solo el hombre lo comprende, y como palabra y voz de toda la creacion, formula y hace llegar al trono del Criador el himno de sus glorias, el culto de la tierra, la adoracion de la naturaleza material y sensible (2). Dios lo acepta de su mano, y lo bendice, y bajo del influjo de esta bendicion, el primer hombre vive en un grado sublime de felicidad. Esta felicidad debia trasmitirse á su descendencia: sus hijos debian nacer en la inocencia y santidad original, como arroyos de una fuente purísima, y por lo mismo, como su primer padre, reyes, señores del mundo, respetados por toda la creacion (3). Esta felicidad, en fin, habia de nacer constantemente, á medida que la mereciese el hombre, hasta llegar á su consumacion en la tierra primero, y en el cielo despues y para siempre. Dios mismo se lo revela para que la esperanza acreciente su dicha, anunciándole el misterio del Verbo eterno que se unirá á la naturaleza humana elevándola al órden divino para consumacion de su gloria (4).

Y bien, hermanos míos, ¿conserva el hombre todos sus títulos de honor y de grandeza? ¿Qué se ha hecho de

(1) Psalm. XVIII, 2.

(2) Hominem propter se creavit Deus, scilicet ut esset qui opera ejus intelligeret, qui providentiam disponendi, rationem faciendi, virtutem consumandi, et sensu admirari, et Verbo proloqui posset. Quorum omnium summa est, ut Deum colat, etc. (*Lactant. lib. 7.*)

(3) Filii parentibus assimilati fuissent, quantum ad originalem justitiam. (*D. Thom., 1 p., q. 100, art. 1.*)

(4) Ante peccatum Adam habuit fidem explicitam de Christi incarnatione, prout ordinabatur ad consummationem gloriæ. (*D. Thom. in c. 5 Epist. ad Ephes.*)

su felicidad primitiva? Desgraciadamente la perdió en su lamentable caída.

## SEGUNDA PARTE.

Cuando comparamos lo que del primer hombre nos dice la sagrada historia de la creacion, con lo que vemos en nosotros mismos y observamos por do quiera, hallamos una diferencia inmensurable. El primer hombre, reflejando en su alma los rasgos de la divinidad, gozando delicias inefables, viviendo en el órden, en la paz, en la armonía más perfecta con Dios, consigo mismo y con toda la creacion sometida á su imperio; y ese mismo hombre despues, y tras de él la humanidad entera viviendo en la ignorancia, en la corrupcion, en el desórden, sujeta á todos los males, ocupan dos extremos opuestos en un todo. Algun misterio debe esconderse en este repentino tránsito de la felicidad á la miseria. Por otra parte, la armonía asombrosa y nunca interrumpida de la creacion en todas sus partes, forma un contraste manifiesto con las agitaciones, con el desórden del hombre, para quien fueron hechas todas las cosas. Algun misterio debe haber en esto, y lo hay, Señores; es el pecado original (1). El hombre es un enigma, cuyo primer término es el pecado original, y el segundo la redencion. Estudiemos ese enigma, en el cual, como en un laberinto, se complica y enreda nuestra condicion, y sin el cual el hombre es inexplicable (2).

(1) Aug. Nicolás. *Estudios filosóf. sobre el Cristianismo*, lib. 2, c. 3.

(2) Pascal, *Pensamientos*.



Dios hizo al hombre recto (1), y le señaló como término de su carrera una gloria imponderable, preparándosela como un premio que debía merecer. Por ello le hizo libre: la libertad es condicion necesaria para el mérito. El ejercicio de esta libertad exigía que el hombre fuese sometido á una prueba, en la que acreditase la grandeza de su alma y el grado de su virtud. La prueba para un sér libre es la ocasion que se le ofrece de sacrificarse por el cumplimiento de su deber, ó de sacrificar el deber á la pasion y al egoismo. El deber de Adan era amar á Dios, adorarle, reconocer sus beneficios, y en todo someterse á su voluntad. Faltábale la ocasion de probar su fidelidad con un sacrificio, y Dios le prueba imponiéndole el precepto de no comer de un solo árbol del paraíso (2).

Esa órden tan sencilla del Criador es la expresion de la soberanía divina y de la dependencia del hombre, porque pone un límite al dominio, á la ciencia y á los goces de este. Con ese precepto, Dios dice al hombre: te he dado todas las cosas; las he sometido á tu imperio; pero hé aquí una que limita tu poder y cuyo uso te prohibo. Esto te enseña que dependes de mí, que eres un príncipe tributario. Si me desobedeces, si por amor á mí no te privas de ese fruto, te harás indigno de lo que te he dado; más indigno aún de lo que te he prometido. Tú no conoces el secreto de la muerte, ni la desgracia de un corazón separado de Dios. No puedes conocerlo sino por la experiencia, y esta te haría infeliz. Para no serlo, no busques ese secreto, no comas de ese árbol: en el momento que pases de este límite, perderás mi amistad, conocerás el mal, morirás de muerte (3). Porque te amo,

(1) Eccli. VII, 30.

(2) Gen. II, 17.

(3) Id. id.

hago tuyas todas las cosas: como prueba de que me amas, quiero que te abstengas de comer esa fruta que podría deleitarte por su hermosura y sabor exquisito. Te impongo el sacrificio de un goce en aras del deber y del amor, para asegurarte la posesion de un bien mayor y merecer otro más perfecto.

Tal es, hermanos míos, el significado de esa prohibicion que Dios pone al hombre. ¿Y no es digno de Dios exigir de su criatura un homenaje de sumision? ¿No es justo que el hombre reconozca la superioridad del Criador, sometiéndose á un deber que le impone? Para probar este obsequioso rendimiento de Adan, dice el Crisóstomo, pone Dios su precepto: promulga la ley para explorar la voluntad de aquel. El árbol estaba en medio, entre Dios y el hombre, por así decirlo, haciendo esta exploracion (1).

¡Cuán fatal es á la humanidad el resultado de esta prueba! El espíritu del mal seduce á la mujer, y ésta vence al hombre. Una curiosidad engañosa, un pensamiento lisonjero de orgullo, el secreto placer de obrar independiente y segun sus propias inspiraciones, le atrae y le ciega: quiere hacer una experiencia peligrosa de su libertad, goza á la vista del fruto vedado la perniciosa dulzura de contentarse á sí mismo: los sentidos añaden atractivo á este encanto, se deja guiar por ellos, come la fruta prohibida (2), y en la mansion misma de la paz y

(1) Deus dat mandatum ut probet obsequium, imponit legem, ut exploret hominis voluntatem. Stabat ergo arbor in medio hominis voluntatis explorans. Stabat et homo inter Dominum et hostem, inter vitam et mortem, inter interitum et salutem.... Fuerat enim condignum ut Deo pareret, qui ei cuncta parere præceperat; serviret Domino, qui illum Dominum mundi effecerat; certaret cum hoste ut inimicum devinceret; denique præmia Deo reddente perciperet. (S. Joann. Chris., *Hom. de interdict. arbor.*)

(2) Génesis III, 6.



de las delicias, del amor y de la felicidad, principia el drama terrible de nuestros destinos temporales y eternos, drama que no ha terminado, y en que todos tomamos parte.

Examinemos la accion pecaminosa de nuestros primeros padres. Es una desobediencia á Dios. El hombre se separa de él, diciéndole: apártate de nosotros; no queremos la ciencia de tus caminos (1). No serviré, exclama con el ángel rebelde (2), queriendo una independencia que le haga principio y término de sí mismo. El orgullo, raíz de todo mal, corrompe su espíritu: sereis como Dioses, ha dicho la serpiente (3), y al eco de esta pomposa promesa se creen ya iguales al Criador con solo comer la fruta. De la corrupcion del orgullo nace la corrupcion de los deseos: se abrirán vuestros ojos, y sabreis el bien y el mal, añade el tentador, y lisonjeados con esta idea, aspiran á arrancar al Eterno el secreto simbolizado en aquel árbol. Quieren saber *por qué* les ha prohibido comer su fruto (4). Al punto se excita la concupiscencia: miran con ansia el fruto vedado, cuyo agradable aspecto les promete un sabor exquisito, haciéndose la ilusion de que no era verdad lo que Dios les dijo: *morireis* (5), y creyendo á la serpiente que les decía: «no temais, de ningun modo morireis (6).»

¿Comprendeis el misterio, Señores? Dios, colmando de dones á su criatura, y anunciándole bienes superiores, le impone un pequeño sacrificio de obediencia y de

(1) Job. XXI, 14.

(2) Jerem. II, 20.

(3) Gen. III, 5.

(4) Id. id., 1.

(5) Id. II, 17.

(6) Id. III, 5.

amor: el hombre se niega á él, no quiere limitacion alguna; é ingrato y rebelde, traspasa el precepto. ¡Infeliz! ¿Cuáles son las consecuencias de tu pecado? ¿Quién pondrá remedio á tus males?

Al explanar estas ideas, quiero seguir el ejemplo de los Santos Padres, que considerando llenos de misterios y de admirables enseñanzas los milagros de Jesucristo, encuentran figurados en los males corporales que se dignó curar, los males morales de la humanidad, y en las acciones y palabras del Divino Salvador, la expresion de su misericordia, y de los medios empleados por su amor para realizar su gran mision de restaurar todas las cosas en el cielo y en la tierra. Acercósele un dia un Centurion romano, y diciéndole: Señor, mi siervo yace paralítico y atormentado.—Yo iré y le curaré, responde el Salvador.—Señor, replica el Centurion; no soy digno de que entreis en mi casa: decid solo una palabra y recobraré la salud (1).

Este jóven paralítico representa á la humanidad entera en su caída. La súplica humilde del Centurion expresa el conocimiento de la miseria en que ha caido, y su única esperanza en el Redentor. La bondadosa palabra de Jesucristo declara el medio inefable escogido por la misericordia divina para dar al hombre la esperanza primero y la salud despues. Hagamos la aplicacion.

No es un solo mal, dice Orígenes, el que hace infeliz á este jóven: está postrado, paralítico y atormentado (2). Hay otro que antecede á estos: la esclavitud. Por su naturaleza debia de ser libre; pero se le ha redu-

(1) Matth. VIII, 8.

(2) Non in una re tantum miserabilis, quod *jacet*; sed et in alia, quod *paralyticus*; tertia, quod *male torquetur*. Omnia enim ista dolorem congeminant, et jacentem, et paralyticum, et durè detentum. (*Origen., Hom. 5 in diversis.*)



cido á miserable servidumbre. Ved aquí al hombre. Dios le hizo libre: el pecado le redujo á la esclavitud más vergonzosa. Quiso ser soberano, independiente de Dios, y al punto le priva Dios del imperio que tenia sobre sí mismo. Condenado á sufrir todo género de servidumbre, esclavo del príncipe de las tinieblas que le sedujo, de sus más viles apetitos, y de sus pasiones desordenadas que le arrastran, lo pierde todo, perdiendo la amistad de Dios, al romper el lazo que le unia con su Criador. Pretendió el cetro del universo, y su mano encontró una cadena.

Examinad su conducta: ella prueba el cambio que ha sufrido, y los sentimientos que le dominan. La vergüenza se apodera de él al verse desnudo: es decir, explica el Abad Ruperto, al conocer que quedaba despojado del honor en que Dios le habia criado (1). Se avergüenza de sí mismo, y corre á ocultarse entre los árboles del paraíso (2). A la vergüenza sigue el temor: la voz de Dios le espanta. Oí tu voz, dice, y temí (3). Antes esa voz formaba sus delicias, como voz de un Padre á quien amaba; ahora la teme, como voz de un Señor á quien ha ofendido. Sus sentimientos son de esclavo, y los trasmite á sus hijos. Herederos de su vergüenza, heredan también su temor. El sentimiento más comun de la humanidad fué desde entonces el miedo á Dios. Al eco de su nombre, temblaba como un esclavo al oír el nombre del Señor á quien ultrajára, del Soberano á quien ha sido traidor, del juez que debe condenarle. La

(1) Cum nudos se esse cognovissent, id est, cum se honore, in quo positi erant et conditi, spoliatos et jumentis comparatos, sine omni protectione Dei nudatos esse animadvertissent. (*Rupert. Abb. in Gen., lib. III, c. 10.*)

(2) Gen. III, 7.

(3) Id. id., 10.

religion del género humano principió desde entonces á ser la religion del temor, y hasta el pueblo escogido recibe un espíritu de servidumbre en sus relaciones con Dios (1), que le hace temer el nombre y la vista de aquel como un principio de muerte (2).

El esclavo del Centurion está postrado, paralítico y atormentado. Así la humanidad esclavizada por el príncipe de las tinieblas, é invadida por el mal, por el pecado. Antes dominaba la tierra, y su mirada y sus deseos se elevaban al cielo y llegaban hasta Dios. Apartó la vista de él, dice San Agustin, y desvanecida cae, y cae sobre sí misma, cae sobre la tierra (3).

El alma, caída sobre sí misma, pierde toda su fuerza, queda postrada en la tierra, porque no pudiendo ya elevarse hasta Dios, á quien ha despreciado, creyéndose tanto como él, y no encontrando en sí misma sino la miseria y un vacío que le causa horror, necesita buscar fuera de sí algo que reemplace á Dios y le proporcione reposo. Principia por su cuerpo y sus sentidos, que hace objeto de sus complacencias. A ellos dedica todos sus cuidados, todos sus afectos, todo su culto, y en ellos quiere descansar como sobre su lecho el pobre enfermo. El mundo, cómplice de los sentidos, hace brillar ante el alma los fantasmas de sus placeres, y cada dia queda aquella más pegada á la tierra, víctima de sus obras y de su engañosa seducción. Su horizonte es la materia, la limitada casa del mundo, y como el esclavo del Centurion, dice San Hilario, yace en el siglo, desordenada

(1) Rom. VIII, 5.

(2) Exod. XX, 19.

(3) Cupiditate experiendæ potestatis suæ, quodam nutu suo ad se ipsum tanquam ad medium proruit. Ita cum vult esse sicut ille (Deus), sub nullo, et ab ipsa sui medietate pœnaliter ad ima propellitur, id est, ad ea quibus pecora lætantur. (*S. Aug., de Trinit., lib. 12, c. 11.*)